

Ignacio Betancourt

Los ingratos problemas de la santidad

Que no vayan a hacer nada malo antes de comulgar, pasa gritando un niño descalzo por entre callejones empedrados. Que no vayan a hacer nada malo antes de comulgar porque se condenan. Muchas veces saliendo de un pozo repiten la sentencia. Se va corriendo el muchachito andrajoso, perdiéndose en su propia voz multiplicada por el miedo y las paredes, y tantas cosas más de los años infantiles, cuando las estrellas se pueden comer y las escobas corren.

Algunas veces la noche es Lucifer jalándole los pies al pequeño Faustino. El viento es la voz del Príncipe de las Tinieblas y las hojas frotándose en los árboles lamentos de condenados.

DE LOS CONDENADOS

La carne convertida en brasa iperecedera, chicharrón constante, ardor horrible para siempre, el pecador asándose cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día, cada semana, cada mes, cada año, cada siglo, cada eternidad.



Y las hojas frotándose en los árboles lamentos de condenados. Toma la veladora y tembloroso comienza a buscar su escapulario. Se me ha de haber caído cuando me bañé Faustino despertó sobresaltado, se había descubierto sin su amuleto, era un combatiente medieval sin armadura. Virgen del Carmen dónde lo puse. Lleno de ansias remueve las sombras. Hurga busca rebusca. El cuadrito de tela café carmelitana significa la balsa para el naufrago que puede ser tragado por un tiburón. Virgencita ayúdame a encontrarlo. El miedo es una gaviota y de seguro en algún rincón una virgen del Carmen se recoge con la lengua una lágrima.

Los que aprendieron mejor todos los rezos van a hacer su primera comunión el diez de mayo. Recuerden, el día de la madre. Recuerden que la hostia no se puede masticar. Recuerden que su mamá se va a sentir feliz. Recuerden, hay que esperar a que se desbarate en la lengua. Recuerden que es el cuerpo de cristo. Recuerden.

Toda de negor por dentro y por fuera, el estómago los pulmones la pantaleta, toda negra la anciana que enseña la doctrina aparece renqueando y se convierte en una voz opaca y llena de sombras. Voy a contarles la historia del zapatero borracho y su pequeño hijo. Habla y acomoda sus apolillados huesos en la madera de una banca. Esa tarde llegó el niño y le dijo a su papá, mira la hostia que me dieron para que ensaye a comulgar. Enfurecido el zapatero gritó, ya te he dicho que no quiero que vayas a la iglesia, dame acá eso. La vieja acelera la respiración del cuento. Mira lo que hago con tu hostia. Los ojos secos de la viejecilla se acomodan enfrente de Faustino que escucha asombrado, reventándose de tristeza. Y se la arrebató (con su manaza llena de pintura de zapatos y RESISTOL* 5000). Impió con su cuchilla la clava en la pared (la hostia contra el calendario donde sonríe una mujer rubia, en traje de baño y con la pierna cruzada). En esta parte de la historia la voz de la anciana se convierte en una serpiente parda y suave, inflexiones que cosquillean con sus lancetas en las orejas de los niños. Faustino se desinfla en llanto, su pequeño torax se estremece imperceptible. De la santísima hostia acuchillada goteó sangre. Todos los ojitos se agrandan al mirar el dibujo que la sangre de la hostia deja en la pared de la



humilde zapatería. La vieja es una encantadora oscura que se limpia los labios con el dorso de su mano arrugada.

Pincheputobofocabrónojetejodidopendejo, dice un niño alardeando frente al azoro de Faustinito que se queda inmóvil, con las canicas en la mano, sin respirar. Nunca seré como él.

Métemelo otro ratito. Ya, ahora le toca a tu hermana. La niña se quita los calzones y se inclina con ingenuidad, como si fuera a jugar a la olla de tamales, apoyando las manos en una silla, sonriendo mientras aguarda. Su pequeño trasero en un durazno que le abre su sabor a Faustinito (en este cuento el niño cree que solo se puede coger por atrás). El, con un pito como el de su tío entra y sale en un sueño, entra y sale de la fruta de la niñas vestidas de blanco y con zapatos de tacón, El, con su traje azul brillante y su corbata como mariposa es el gallo con las gallinas en el corral del Edén. Bueno adiós, tengo que ir a misa. No te vayas. Lo detienen, lo empiezan a jalar. Faustino despierta que ya es hora. La mari-



posa corbata se va volando. Despierta se te va hacer tarde. Faustino se levantó con el pajarito tieso. Ahora no podría hacer su primera comunión.

Entre vapores, mientras revuelve la comida en un caldero sucio del que salen gritos de niños de siete años, un diablo grande, dos metros, color rojo oscuro, fornido, medio viejón, caliente caliente, canturrea despacio con voz cavernosa: no vayan a tener malos pensamientos antes de comulgar.

En su ansiedad el corazón de Faustino se ha herido al golpearse contra las costillas. Llega el pequeño corriendo hasta la sacristía, la parte más oscura, donde los confesionarios son pequeñas cuevas de madera por las que se sale el perdón o la tragedia. Ya se oyen los pasos de la misa de ocho. La esperada misa de la primera comunión muy adornada toca las campanas. Qué se te ofrece niño. Vengo a confesarme, padre. Arrodillado. Lívido. A punto de llorar. Lentamente el hombre acomoda su cuerpo inmenso cerca del niño. Cuánto hace que te confesaste. De miedo la lengua se le hace bola. El silencio le aprieta el cuello a Faustino. Ayer. Logra decir. Ayer. Ayer, replica el cura. Sí, tímidamente. Quítate de aquí, esto no es un juego, y se levanta fastidiado. El niño se hunde. El temor sólido le golpea la cabeza. Faustino se desploma dentro de sí mismo. Se empequeñece y se resbala por su propia inmensa traquea pecadora. Angustiado en el fondo de sus entrañas, con los ojos grandes por el miedo. Padre, padre, pero el hombre se aleja con sus pestilencias particulares. Los pedos entre los pliegues de la sotana, la saliva truculenta. Faustino inmóvil en el fondo, junto a la cueva de madera, realmente asustado. Desde el techo de la sacristía un murciélago dice: que ojete. Y se balancea cabeza abajo.

Padre pequé en un sueño. Padre no me deje en pecado pensó decirle al cuervo gigantesco que se alejaba. Mudo, en silencio prefirió ir a comulgar. Era el día de la madre, no iba hacerla enojar. Cuando me ponga la hostia en la boca no me la como, la guardo en una caja de cerillos y me la paso hasta que vuelva a confesarme.

La delgada blancura del mentado cuerpo de cristo es una isla inverosímil que se desintegra sobre la lengua azorada de Faustino. Las velas parpadean.